

Una Visión

Por Amy Carmichael

Los tambores sonaron toda la noche, y la oscuridad se estremecía alrededor de mí como una cosa viva que sentía. No podía dormir, así que me quedé acostada, despierta y miré, y vi lo que parecía, esto: yo estaba parada sobre césped, a mis pies un escarpado precipicio se abría hacia la infinidad del espacio sideral. Miré, pero no vi un fondo, solo figuras turbias, negras y furiosamente enroscadas, grandes depresiones envueltas de sombras, y profundidades insondables. Me volví hacia atrás, mareada por la profundidad.

Luego vi figuras de personas moviéndose en fila por el césped. Se dirigían hacia el borde. Había una mujer con un bebe en sus brazos y un niño pequeño sosteniéndola por el vestido. Estaba justo en el borde del abismo. Luego vi que ella estaba ciega. Levantó su pie para dar el siguiente paso... piso aire. Ella cayó y los niños con ella. ¡Oh! ¡El grito mientras caían!

Luego vi más filas de personas fluyendo de todos los rincones. Todos estaban ciegos, completamente ciegos; todos se dirigían directo al borde del precipicio. Había gritos cuando se daban cuenta de que estaban cayendo y un brusco movimiento de brazos impotentes, tratando de sujetarse, atrapando el vacío. Pero otros caían en silencio y sin hacer ningún sonido.

Luego me pregunté, con una curiosidad que era simplemente agonía, por qué nadie los detenía en el borde. Yo no podía. Estaba pegada al suelo y no podía llamarlos, aunque me esforzaba y lo intentaba, tan solo me salía un susurro.

Luego vi en el borde que había centinelas cada cierto intervalo. Pero los intervalos eran demasiado grandes; había brechas anchas sin guarda entre cada uno. Y por esas brechas caían las personas en su ceguera, sin aviso; y el césped parecía para mí estar rojo como la sangre, y el precipicio se abría como la boca del infierno.

Luego vi como una pequeña imagen de paz, un grupo de personas bajo unos árboles y dando la espalda al precipicio. Estaban haciendo cadenas de margaritas. A veces cuando los gritos penetrantes cortaban el calmado aire y los alcanzaba, les generaba inquietud, y pensaban que era un ruido más bien vulgar. Y si uno de ellos se paraba y quería ir a hacer algo para ayudar, todos los demás lo jalaban de vuelta al suelo. “¿Por qué te emocionas tanto al respecto? ¡Debes esperar un llamado definitivo para ir! Aún no terminas tu cadena de margaritas. Sería bastante egoísta de tu parte,” decían, “dejarnos aquí para terminar el trabajo solos.”

Había otro grupo. Estaba compuesto de personas las cuales su gran deseo era poner más centinelas; pero encontraron que muy pocos querían ir, y a veces no había centinelas por muchas millas a lo largo del borde.

En una ocasión una niña se mantuvo de pie sola en su lugar, deteniendo a las personas, pero su madre y otras relaciones la llamaron, y le recordaron que su periodo de licencia se había acabado; ella no debía romper las reglas. Ya cansada y con necesidad de un cambio, se tuvo que ir y descansar un tiempo; pero nadie fue enviado a cuidar su brecha y una tras otra las personas caían, como una cascada de almas.

En una ocasión un niño se asió de un manojito de césped que crecía justo en el borde del abismo. Se sostenía ansiosamente y clamaba, pero nadie parecía oír. Luego las raíces del césped cedieron y con un grito el niño cayó, sus dos pequeñas manos sujetando aún los pedazos del césped. Y la niña que añoraba estar de regreso en su brecha pensó que oyó

al niño llorar, y se levantó y quería ir; pero la regañaron, recordándole que ninguna persona es necesaria en ningún lugar; ellos sabían que la brecha iba a estar cuidada. Y cantaron un himno.

Luego, atravesando el himno vino otro sonido, como el dolor de un millón de corazones rotos que fluía en un solo llanto. Y un horror de gran oscuridad estaba sobre mí, pues yo sabía que era — **¡EL GRITO DE LA SANGRE!**

“Libra a los que son llevados a la muerte; Salva a los que están en peligro de muerte. Porque si dijeres: Ciertamente no solo supimos, ¿Acaso no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, Él lo conocerá, Y dará al hombre según sus obras.” (Proverbios 24 11:12 RV1960)

Derechos de autor 2021*

EMMAUS ROAD INTERNATIONAL

7150 Tanner Court, San Diego, CA 92111 E.E.U.U.

Emmaus_Road@eri.org • 858 248-3330 • www.eri.org

(*Este documento solo puede ser reproducido en su totalidad y sin cambios,
no puede ser vendido.)